

LAS DOS BANDOLERAS, DE FÉLIX LOPE DE VEGA

Tengo la costumbre de leer los programas en los pocos minutos que anteceden a la representación. Aunque sea de un vistazo, me gusta conocer el reparto y quiénes firman la versión y la dirección de la obra. A veces encuentro nombres familiares; otras, desconocidos, pero de grato encuentro.

En esta ocasión, la lectura del prospecto hacía presagiar lo peor. Portaceli (directora) y Rosich (responsable de la versión), dejan claro que no están interesadas en representar la comedia de Lope, sino de hacer una *neo* obra con diversa intención: “A menudo se ha hecho un desfigurado retrato de las serranas como mujeres varoniles, matahombres y salteadoras. Pero, en realidad, el bandolerismo siempre ha sido un fenómeno sociológico universal, producto de factores relacionados con la miseria y la injusticia. Son estas circunstancias las que propiciaron la rebeldía como única respuesta a una sociedad que sólo defendía los intereses de unos cuantos y, en este caso, de los hombres”. Ahí queda eso. Sin ánimo de dar réplica a estas afirmaciones gruesas y algo gratuitas, baste señalar que la imagen de la serrana como salteadora no ha sido creada por el populacho, ignorante y machista, sino el propio autor del texto, es decir, por Lope.

Nos encontramos, nuevamente, con una puesta al día de una obra barroca que pretende transformarla, casi *reescribirla*. Esto podría ser legítimo, si quedase claro que esa visión personal de las autoras poco tiene que ver con el clásico. Por ello, creo que no es adecuado que se represente en el escenario de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, donde acudirán cientos de estudiantes cuyo, probablemente, único contacto con el teatro de nuestro Siglo de Oro sea ese. Que usted quiere hacer una versión de *Thelma y Louise* sobre el texto *Las dos bandoleras*, adelante... Pero explícitelo y, además, lleve ese montaje a una sala de teatro alternativo o privado. Para incrementar el desconcierto, se mezclan a estas bandoleras con otra obra dramática de tema similar, *La serrana de la Vera*, y se adiciona el manido soneto a la mujer.

El anacronismo indumentario, al servicio de la visión ideológica de la obra, resulta coherente. Así, teniendo en cuenta que el delincuente, *per se*, es bueno, el jefe de la Santa Campaña viste camisa azul y corraje falangista. Tampoco esta ausente lo que he bautizado como *estética del magreo*.

Los actores, de gran solvencia interpretativa, (por ejemplo, Helio Pedregal o la televisiva Macarena Gómez) deslucen en este *Robin Hood*, feminista, posmoderno. ■